



Acto solemne de Entrada en Cargo del Rector de la Universidad

Prof. Dr. P. Julio L. Martínez, SJ
Rector

3 de junio de 2021

Acto solemne
de Entrada en Cargo
del Rector de la Universidad

Prof. Dr. P. Julio L. Martínez, SJ
Rector



Eminentísimos Sr. Cardenal arzobispo de Madrid y Cardenal Bocos, Excelentísimo Sr. Nuncio del Santo Padre Francisco en España, R. P. Provincial de España y Vice Gran Canciller, Rectores, Patronos, Autoridades Civiles, Eclesiales y Académicas, Profesores, Alumnos y Antiguos Alumnos, Personal de Administración y Servicios, Familiares y Amigos, Señoras y Señores:

Si grande es el arte que se necesita para iniciar una etapa, aún es mayor el arte de poner fin. Al menos es lo que aprendo de mi propia experiencia. Os aseguro que no es fácil poner fin a un cargo como el que he tenido estos últimos nueve años, porque más que una posición o un trabajo que he desempeñado ha sido un servicio que he vivido con muy fuerte identificación existencial. Como en él se han cruzado en mí la profesión y la vocación, lo que surge es un gran sentimiento de gratitud a “la vida que me ha dado tanto”, con lo cual quiero decir: gracias por el privilegio de un puesto apasionante, por tantas personas como he tratado y me han apoyado, y a Dios porque me ha acompañado y sostenido y se fio de mí a través de quienes me han nombrado, dos Padres Generales y tres Provinciales de la Compañía de Jesús; ese grupo de hombres al cual me honro en pertenecer. Con algunos de ellos he compartido misión universitaria estos años y les quiero dar las gracias.

Junto al agradecimiento está el deseo de pedir perdón por mis fallos, los que vienen de mis limitaciones y, sobre todo, los que tienen origen en la responsabilidad de no haber acertado. He tratado siempre de actuar buscando el bien, con rectitud, verdad y certeza suficiente, pero sé que he cometido fallos y si a alguien he perjudicado deseo que, por favor, reciba ahora mi petición de perdón.

La pandemia lo complica todo, también la despedida: os querría yo saludar efusivamente, pero todo en derredor pugna por limitar y controlar la expresividad. Algo de consuelo me da pensar que mucho peor hubiera sido que la pandemia me hubiese sorprendido con el cargo recién estrenado.

Como no es fácil llegar al fin de algo con lo que uno se ha identificado tan intensamente, viene bien que haya un límite temporal que marca el término. Y ayuda sentir casi cada día como me afecta una dolencia vestibular que, sin ser grave, sí es crónica y bastante frustrante.

En el orden positivo, me ayuda la convicción que tengo de que el cambio en las personas que gobiernan es eminentemente bueno cuando se hace en un momento adecuado y con las condiciones apropiadas. Si “en tiempo de desolación no debe hacerse mudanza”, mudar en tiempo de consolación se torna conveniente, aunque sea duro. Y consolación quiere decir que se dan las condiciones de paz y claridad suficiente para proceder al cambio. Con alegría digo que así es afortunadamente el tiempo actual que vive la Universidad Pontificia Comillas en todas sus facultades y escuelas, con buenos equipos de gobierno en una universidad en el mejor momento de su historia y con una estabilidad financiera muy sólida, como nunca antes habíamos tenido, ni siquiera imaginado. Financieramente estamos preparados para tiempos difíciles y en la estructura universitaria creo que también.

Lo ilustro solo con un par de datos: récord histórico en número de solicitantes para nuestras carreras de grado en las pruebas que hace tres semanas hicimos en Madrid y en once ciudades más de España; proyectos ilusionantes y llenos de vida como la creación de *Avantere School of Managment* que ofrecerá un

posgrado empresarial de la máxima calidad, en el que Comillas y Deusto se unen y sumarán una alianza estratégica internacional de máxima relevancia, para formar líderes empresariales y ofrecer una propuesta capaz de competir con las mejores escuelas; avances significativos en materia de investigación y publicación científica con crecimientos en el número de artículos publicados de 30% el año pasado y un porcentaje similar este año en curso. Los datos nos permiten concluir que hemos tomado medidas en la dirección correcta para que vaya creciendo una investigación relevante, útil y transformadora, decididamente orientada a la transferencia y el impacto social.

La sociedad atraviesa por aguas revueltas y, en ellas, Comillas se vuelve opción aún más atractiva por su alto valor formativo para parte de los jóvenes más valiosos jóvenes y para sus familias. Esa es la realidad que actualmente vivimos y habrá que seguir administrándola bien para no perderla, moviéndose entre la tradición sólida y la innovación valiente, con una identidad católica y jesuítica clara y abierta, apreciada por mucha gente, que participa de una cultura del encuentro alejada de sectarismos y polarizaciones, para responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia.

Comillas es la Universidad jesuita de Madrid y tiene un rol importante de liderazgo al servicio de la sociedad y la Iglesia, gracias a una identidad ignaciana clara y a una pertenencia eclesial firme y abierta, que no le quitan nada al sustantivo “universidad”. Eso lo he sentido como esencial en mi rectorado, y, en buena medida, quien lo ha favorecido es el cardenal arzobispo de Madrid, don Carlos Osoro, con su cercanía y su confianza hacia mí como rector y a los que formamos esta comunidad universitaria. Muchas gracias por ser padre, pastor y amigo. La bondad e identificación con el Señor que he visto en

su vida me ha animado y afianzado en la fe. Su presencia y la del Nuncio del Santo Padre, Monseñor Auza, hoy aquí constituyen una expresión de confianza y un símbolo de que caminamos juntos y que somos hasta los tuétanos una Universidad de la Iglesia.

Entre las condiciones que animan el cambio está que quien recibe el testigo del rectorado es alguien como Enrique Sanz, a quien conozco desde hace muchos años y en quien he podido comprobar su valía intelectual y humana, su generosidad y disponibilidad. El nuevo rector ha participado directamente como decano de la Facultad de Teología y de Derecho Canónico durante los últimos seis años en la gobernación de la Universidad. No solo conoce la estrategia y las tácticas que hemos diseñado para responder a los retos, sino que como decano ha sido uno de los artífices de ellas.

Y, espiritualmente, espero que me ayude a adentrarme en la nueva etapa que hoy comienzo la coincidencia con el comienzo del 5º centenario de la conversión de Ignacio de Loyola. Deseo abrirme a la sorpresa de lo que venga, preguntándome como Ignacio: “¿Qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?”. Y deseo también poder decir como él que vislumbro un horizonte donde “todas las cosas son nuevas” y están llenas de oportunidades para amar y servir. Aún más, si cabe, en este tiempo de pandemia que puede ser como la bala que quebró la pierna de Ignacio frustrando sus planes y abriéndole a las fuentes del sentido de la vida. A su intercesión me encomiendo una vez más para que me ayude en mis nuevos caminos, y haga lo mismo con el nuevo rector y su equipo.

Me es difícil decir adiós y no os oculto que a veces me asalta la tentación de preguntarme para qué tanto trabajo, o pensar,

como el profeta Isaías: “en vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas”. En mi interior sé que toda la entrega ha merecido la pena, porque “en realidad mi derecho está en el Señor, mi salario lo tiene mi Dios”.

Para estas palabras más de despedida he decidido no hablar de lo realizado ni de logros alcanzados. Ya no me toca a mí hacer esos balances. Acaso alguno de los presentes lo esperaba hoy de mis labios y tal vez no estuviera de más hacerlo, pero no me apetece dedicar mis palabras a hacer memoria de lo conseguido ni de los desafíos que tenemos por delante. Muchos discursos he pronunciado estos años y ya he tenido abundantes oportunidades de hacerlo. Hoy quiero hablaros de la pasión de ser rector de Comillas que es la que hace más difícil poner fin al recorrido y me provoca una emoción muy grande.

Estar al frente de Comillas me ha permitido realizar mi vocación de servicio como jesuita de la manera más plena que hubiera podido soñar cuando entré en el noviciado de la Compañía, en Valladolid, allá por el año 1982. Mi vocación religiosa y mi sacerdocio las entiendo desde una vida consagrada al apostolado intelectual en las fronteras de la profundidad y la universalidad –como le gustaba decir al P. Adolfo Nicolás– colaborando con la misión de la Iglesia en el mundo. Es un trabajo que se realiza con humildad, abnegación y paciencia y que, durante mis años de rector lo he tenido que disminuir, pero no he querido perder. Ciertamente es que he tenido que dedicar mucho de mi tiempo a lo que llamamos gestión y dirección, pero no he podido dejar de estudiar y escribir sobre Teología moral y Filosofía moral y política, que desde hace décadas constituyen mi verdadera pasión intelectual. Cuando me preguntáis ahora a qué me quiero dedicar, mi respuesta es contundente: quiero volver a mis clases, mis conferencias y mis escritos para servir a

la Iglesia en un campo de frontera como es la moral, en la senda trazada por el Magisterio del papa Francisco, y deseo que eso sea en Comillas, mi hogar intelectual, mi alma mater y donde soy profesor propio ordinario. Espero a partir de ahora tener más tiempo para ese trabajo y también para ir a respirar de vez en cuando los aires natales de la Ría de Vigo, sobre todo ahora que ya me han inoculado las dos dosis de la vacuna.

Muchas veces como rector he invitado a alumnos y antiguos alumnos a escuchar la llamada que resuena en lo más hondo del ser para aportar algo a los demás. Eso que hace que las tareas –incluida la más humilde y aparentemente insignificante– “le den al propio corazón una experiencia especial de plenitud” (Papa Francisco). Sobre ese tema he ido tejiendo mis discursos más queridos entre las decenas que he escrito y pronunciado: aquellos que he hecho para las graduaciones de nuestros alumnos. Y esto tiene que ver con algo que hoy quiero compartir en esta despedida: mi búsqueda continua del bien de la Universidad ha tenido siempre como criterio el bien de nuestros estudiantes, chicas y chicos de enorme valía, con altísimo potencial y ganas de dar de sí lo mejor. Sabiendo que Comillas nos les va a regalar nada y que les va a exigir mucho, optan por nosotros para recibir la mejor formación: la que crea en ellos valor con valores. En poner a las personas de los estudiantes en el centro de todo lo que hace la Universidad he sido absolutamente categórico y persistente: lo he visto como el gran fin al que debíamos dirigir todos los esfuerzos.

Nuestra Universidad no es ni puede ser ajena a las dinámicas sociales de nuestro tiempo. Está obligada a contar con las exigencias económicas y sociales en un entorno muy competitivo, y a la vez no debe perder el carácter profético e incluso contracultural que brota del Evangelio. Vivimos entre la utopía

y el realismo, entre la tradición y la innovación, entre lo local y lo universal, entre la necesidad de utilizar medios materiales eficaces y la sobriedad que genera solidaridad, entre el deseo de educar a los más capaces y el deseo de abrirnos a los pobres, entre la imagen pública de una institución jesuítica y un número escaso de jesuitas trabajando en ella. Una de las aportaciones que nos hace precisamente la espiritualidad ignaciana es la de no convertir esas tensiones y otras que podríamos añadir en contradicciones: mantener las tensiones sin polarizaciones ni dogmatismos es la tarea del discernimiento, cuando no perdemos el horizonte hacia el cual queremos caminar.

Nuestra Universidad como obra de la Compañía de Jesús ha de comprometerse con la fe y la justicia en todas sus actividades: en su vocación transformadora a través de la formación de buenos profesionales y mejores personas; en la investigación sobre los grandes problemas de la humanidad; en su trabajo catalizador e impulsor de ideas y proyectos que quieren contribuir a una sociedad justa y sostenible, y en su organización y vida interna para un mayor servicio. Hace tres años el Gran Canciller, en Loyola, nos pidió a las universidades que aspiremos a ser “fuente de vida reconciliada”. Por eso en la estrategia de Comillas asumimos un firme compromiso a favor de la ecología integral, entendida y practicada desde la tradición ignaciana, que ahonda con profundidad antropológica la Agenda 2030. Se trata de un compromiso que lleva a mirar al conjunto de la biosfera, a lo que hacemos en la casa común; al tiempo que conduce a hacer propuestas bien fundadas para superar las desigualdades sociales injustas y mirar al interior de cada uno, reconociendo la importancia del cuidar por dentro a las personas y sus relaciones consigo mismas, con los demás, con la naturaleza no humana y con Dios. Ese horizonte reclama

liderazgos de servicio, no unipersonales, sino compartidos, donde exista confianza, afecto y lealtad. Es esa la visión que tengo del liderazgo. A todos los que lo han hecho posible, dentro o fuera de Comillas, hoy quiero darles las gracias.

A mis colegas rectores y rectoras, con los que he vivido una experiencia extraordinaria de conocimiento por dentro del mundo universitario en mis siete años como vicepresidente de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas. Han confiado en mí cuatro presidentes y he visto pasar cuatro ministros diferentes. Cuando miro estos años veo cientos de horas de trabajo y encuentro con un grupo de hombres y mujeres muy notables con los que no solo he aprendido mucho, sino con los que he creado vínculos sólidos de afecto. La relación con los rectores de Deusto y Ramón Llull, Guibert y Garrell, ha sido para mí especialmente valiosa, y la participación en distintas redes universitarias jesuíticas empezando por UNIJES también me ha acompañado estos años.

Otro ámbito en el que he vivido esa experiencia de liderazgo de servicio compartido es mi relación con los líderes empresariales, profesionales, sociales y eclesiales con los que mi puesto de rector me ha permitido encontrarme. He tenido el privilegio de entrar en relaciones auténticas con personas de grandísima altura humana y capacidad de influencia y decisión. Por suerte, la lista de personas es tan larga que no puedo ni intentar citarlas. Empezaría por dos Ignacios, Bayón y Sánchez Galán, seguiría por Javier Benjumea y así mencionaría muchos hombres y mujeres que a Comillas le habéis brindado apoyo institucional en múltiples formas y a mí me habéis reforzado con vuestra acogida y amistad personal. Muchos sois antiguos alumnos y vivís con genuino orgullo que Comillas sea vuestra

alma mater y estáis vinculados con las asociaciones de alumni de ICAI e ICADE, hoy lideradas por Jaime Díaz de Rábago, Charo Montiel Armada y Jaime Pérez-Renovales, de quienes siempre he recibido leal colaboración y mucho afecto. A todos vosotros os doy las gracias por el trato exquisito, el apoyo y la cercanía con que me habéis obsequiado estos años. Solo os pido que en el cambio de época que vivimos, marcado por una profunda crisis antropológica y socio-ambiental, pongáis lo mejor de vosotros en construir prosperidad inclusiva y sostenible, reconciliación y justicia social, sin olvidar a los pobres.

Y un tercer ámbito donde el liderazgo compartido aún ha sido más denso es el aquellos que conmigo han llevado el peso del gobierno de la Universidad durante estos nueve años. Evidentemente al recordarlos a ellos, recuerdo a todos los que trabajamos en Comillas, tanto en tareas administrativas y de servicios como en las docentes e investigadoras. Muchas gracias por vuestro compromiso a todos los que os entregáis para que la Universidad sea una gran obra. El recuento dice que durante estos tres trienios hemos renovado buena parte de los puestos de dirección y hemos conseguido incorporar a algunas mujeres y hombres de talento. En vosotros agradezco a la inmensa mayoría que se entregan cada día para que la Universidad funcione bien y, si cabe, este último año de pandemia con un esfuerzo mayor, pues lo más rutinario y sencillo se nos convirtió de repente en problemático. Hemos salido adelante con mucha solvencia y podemos estar contentos. Una vez más os digo: gracias.

En mi gratitud está también los decanos y directores con sus equipos, incluyo aquí por supuesto al CESAG y a INEA como centros que, compartiendo camino con Comillas, siguen una

trayectoria ascendente. En que esos equipos fueran los mejores de los posibles ha estado mi empeño y creo que estos tres trienios hemos conseguido tener equipos humanos muy buenos en el gobierno de las facultades y escuelas. Hoy os reitero mi agradecimiento si cabe con más emoción.

Y dejo para el final a mi equipo más cercano. Cada uno y cada una ha aportado al común según sus talentos y sensibilidades: Clara Martínez y Ana Soler, Cecilio Moral, Pedro Linares y Mariano Ventosa. Dos, Ana García Mina y Antonio Obregón, me han acompañado durante todo el recorrido, y Antonio ya tenía acumulados varios años con el rector Busto. Y un tercero, Benjamín Estévez, que se incorporó un año después de mi toma de posesión. Dejarme que les agradezca a estos tres de un modo especial: A Ana su conocimiento progresivo y devoción creciente por la espiritualidad ignaciana, junto a su infatigable capacidad de acompañar procesos personales complejos, sin ceder al desaliento. A Antonio, su entrega en cuerpo y alma a Comillas, su gran inteligencia puesta al servicio de mejorar académicamente todo lo que hacemos y su lealtad profunda a mí como rector: siempre disponible y siempre dando el máximo; la Universidad que hoy tenemos no hubiera sido posible sin su trabajo impresionante y apasionado. Tampoco lo sería sin Benjamín, a quien le agradezco que me dijera que sí cuando le propuse que se viniese a Comillas, renunciando a un salario mayor y una carrera ascendente: nombrarle director general económico ha sido uno de los mayores aciertos de mi vida. Es un acierto que para mí compensa con creces eventuales desaciertos que haya tenido. A él debemos gran parte de la solidez económica y financiera y de la transformación de los servicios que aún tendrá que continuar. Con él me honro en compartir un sentido de integridad moral que, por decirlo con

palabras de Sócrates, prefiere “padecer la injusticia antes que cometerla”. La cuarta persona de mi equipo más cercano a quien quiero agradecer de modo especial es Carmen Quiñones que me ha ayudado en todo muchísimo y ha sabido llevarme con tino en mis circunstancias, no siempre sencillas de llevar. Sin duda tienes mucho mérito por haberte adaptado ya a tres rectores y a nuestras manías. Gracias por todo.

Todos los que trabajamos en Comillas hemos avanzado juntos con determinación e ilusión, en apertura radical a la realidad de nuestros alumnos y a la muy compleja realidad del mundo y de la Iglesia en estas encrucijadas que nos están tocando vivir. Hemos convertido tiempos de amenazas y miedos en tiempos de gracia y oportunidades. Sigamos caminando, conscientes de nuestra responsabilidad social y eclesial y llenando de esperanza las palabras que pronunciamos o escribamos y cualquier obra que realicemos.

Confío en la preparación del nuevo rector para liderar todo lo que bulle en Comillas y sus centros adscritos. Estoy seguro de que va a poner lo mejor de sí, que es mucho, y a contar con la colaboración de todos y también con la ayuda de la gracia divina. Ante los desafíos que no son pocos ni de baja intensidad, Ignacio nos enseñó a *actuar como si todo dependiera de nosotros y, al mismo tiempo, a abandonarse confiando como si todo dependiera de Dios*. Es decir: a responder lo mejor que podamos desde nuestra libertad y con los medios disponibles, que Dios no dejará de operar su eficaz acción salvadora en nosotros y a través de nosotros.

Hasta aquí llega mi último discurso. Os doy a todos las gracias de todo corazón.

Acto solemne
de Entrada en Cargo
del Rector de la Universidad

3 de junio de 2021 | Alberto Aguilera, 23 | Madrid

